

Ser y hacer Iglesia: un reto para los grupos juveniles

SECUNDINO MOVILLA

El tema de las relaciones de la juventud con la Iglesia y de la Iglesia con la juventud constituye uno de esos temas-clave que, como eterno «ritornello», se deja oír de tanto en tanto entre quienes se ocupan y se preocupan de los problemas que afectan a la pastoral juvenil. Lo que sucede con el tema éste —lo mismo que ocurre con cualquier estribillo musical— es que, según en qué contextos o por qué personas sea invocado o planteado, adquiere matices, acentos o resonancias diversos.

Para ser breve y explícito, diré que hubo un primer momento en que las relaciones Iglesia-juventud se planteaban en términos globales y genéricos: qué piensa la Iglesia de la juventud y qué piensa la juventud de la Iglesia. Fue el predominio del estudio sociológico del problema (1). Más tarde, para obviar la amplitud de un problema así globalmente considerado, se prefirió delimitar el terreno: de qué juventud estamos hablando, a qué Iglesia nos referimos, con qué proyecto pastoral contamos... Fue el momento del análisis concreto y realista, tal vez no demasiado científico, orientado preferentemente a un sector determinado de jóvenes a quienes nos resultaba más fácil el acceso y en quienes sin duda estábamos pensando a la hora

(1) Numerosas encuestas realizadas en los años 60 y 70 lo atestiguan. Una síntesis reciente de ellas puede verse en la obra *Informe sociológico sobre la juventud española 1960/82*, publicado por la Fundación Santa María (Madrid, 1984), especialmente en colaboración de J. J. TOHARIA CORTÉS: «Los jóvenes y la religión», págs. 107-157.

de ofertar iniciativas pastorales (2). Por fin, y decididos ya a promover una Iglesia construida *con* los jóvenes y *desde* los jóvenes, no pocos agentes de pastoral juvenil resuelven elaborar proyectos y programas, acompañados de las convenientes orientaciones, opciones y criterios, a la vez que, desde nuevas y prometedoras perspectivas, invitan a los jóvenes a ejercer el «derecho de patria» dentro de la Iglesia y a actuar como protagonistas dentro de ella (3).

Por supuesto que no es éste el único modo, aunque diferenciado con fases y matices, de plantearse hoy el problema de la relación Iglesia-juventud. Hay quienes ni siquiera ven que exista problema; lo consideran como un «tópico» que los más obsesivos invocan siempre casi como por obligación. Y otros lo ven desde una óptica tan drástica y radical que entienden que ni siquiera vale la pena tomarse de darle una salida, porque opinan que la mayoría de los jóvenes «pasa» actualmente de Iglesia y ésta no tiene ya «poder de convocatoria» cerca de ellos... Y, en consecuencia, vamos de capa caída. Total, que con estos extremismos lo que ocurre es que el verdadero problema de si los jóvenes son capaces de construir la Iglesia o si es posible que la Iglesia llegue a ser «joven» queda escamoteado.

Mi intención al ofrecer estas reflexiones es la de situarme en una perspectiva constructiva, confiando por supuesto en que *con* los jóvenes y *desde* los jóvenes es posible construir Iglesia e invitando, desde esa confianza, a los numerosos grupos de jóvenes cristianos que ya existen y que surgen sin cesar a que se planteen como principal objetivo de su «estar juntos» el lograr una verdadera experiencia de Iglesia. Para lo cual todos sabemos que los jóvenes de hoy tienen posibilidades y recursos, pero nos damos cuenta también que tienen limitaciones y notables deficiencias. A clarificar e impulsar esas posibilidades y a poner en guardia contra esas deficiencias se orientan estas líneas. Voy a partir en ellas de una apuesta en

(2) Por mencionar tan sólo algunas de las contribuciones aparecidas últimamente en esta línea citaré a: Subcomisión de Juventud de la Ceas, *Una experiencia de pastoral juvenil* (Madrid, 1983); R. TONELLI, *Pastoral juvenil. Anunciar la fe en Jesucristo en la vida diaria* (Madrid, 1985); V. DE PABLO, *Juventud, Iglesia y Comunidad* (Madrid, 1985). A. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, «¿Iglesia joven? (¿Los jóvenes tienen sitio en la Iglesia?)», en la revista *Documentación Social*, número 58, enero-marzo 1985, págs. 169-190.

(3) En esta onda se sitúan orientadores y reflexiones tales como: J. L. PÉREZ ALVAREZ, «Iglesia de Cristo, Iglesia de los jóvenes», en *Técnica de Apostolado*, enero-febrero 1976, págs. 7-13; «Un progetto di pastorale giovanile per gli anni 80» (dossier), en la revista *Note di Pastorale Giovanile*, mayo 1981, págs. 6-64; R. TONELLI, «Un itinerario per educare alla fede», en *Note di Pastorale Giovanile*, febrero 1981, págs. 3-63; Id., *Gruppi giovanili e esperienza di Chiesa* (Roma, 1983); la obra en colaboración *Chiesa e giovani* (Roma, 1982); y mis sugerencias para «Iniciar a los jóvenes en la experiencia eclesial», en *Sinite*, núm. 76, mayo-agosto 1984, págs. 161-173, junto con *Ofertas pastorales para los jóvenes de los 80* (Madrid, 1984).

positivo por lo que el binomio Iglesia-juventud está significando no en teoría, sino en la práctica, es decir, en situaciones concretas; luego quiero analizar el modelo de Iglesia que los jóvenes desean y el que ellos mismos son capaces de construir; para terminar indicando cuáles pueden ser las claves desde las que una Iglesia «joven» debe plantearse y surgir.

1. LAS COSAS NO ESTAN TAN NEGRAS: UNA BUENA PARTE DE JOVENES CONFIA TODAVIA EN LA IGLESIA

Así nos lo quieren hacer ver y comprender algunos estudiosos de la religión juvenil actual (4). Según estos autores, parecen haber pasado ya los años de la contestación crítica y desenfadada hacia la institución eclesial, y un buen número de jóvenes vuelve a mirar con cierta simpatía a la Iglesia, y hasta llega a considerarla como la única institución capaz de promover en nuestro mundo de hoy valores tan necesarios como la paz, la justicia social, el respeto debido a todos los pueblos, etc. Se aprecia, pues, por parte de los jóvenes una especie de revalorización de la Iglesia en referencia sobre todo a la función social que ésta puede cumplir.

Claro está que dicha revalorización no está exenta de ambigüedades. Pues, de una parte, la confianza que ponen en la Iglesia se debe no tanto al hecho de que haya aumentado cualitativamente su credibilidad en la Iglesia (muchos jóvenes siguen considerando a la Iglesia como una institución de tantas —la institución que les presentan los «mass-media»—, pero la desconocen por dentro, en su verdadera dimensión espiritual), sino más bien el hecho de que las otras instituciones sociales les resultan menos creíbles todavía. De otra parte, si se analiza a fondo esa revalorización que los jóvenes parecen hacer de la Iglesia, pronto se descubrirá que no la hacen tanto por la Iglesia en sí misma cuanto en función de sus propias necesidades de jóvenes vistas en relación con la Iglesia.

Y este punto merece también un poco de atención. En efecto, muchos jóvenes empiezan a darse cuenta que sus vidas discurren cada vez más en am-

(4) Entre otros, J. M. FISA, «La Iglesia de los jóvenes», en *Cuadernos de Orientación Familiar*, junio 1981, págs. 29-37; A. CARDIN, *Movimientos religiosos modernos* (Barcelona, 1982); VARIOS, *Joves entre els joves. Hora-3* (Barcelona, 1982); G. C. MILANESI, *Oggi credono così* (Turín-Leumann, 1982; ID., «Giovani, Chiesa e associazionismo», en *Catechesi*, octubre de 1982, págs. 55-60; F. GARELLI, «Giovani e Chiesa: un incontro difficile», en la obra conjunta *Chiesa e giovani*, págs. 55-71; G. C. QUARANTA, *L'associazione invisibile. Giovani cattolici tra secolarizzazione a risveglio religioso* (Florenca, 1982); «La Iglesia española y los jóvenes», en *Presencia Joven* (JAC), abril 1985, págs. 27-29; D.I.S., *Informe-resumen de la encuesta sobre valores y convicciones de la juventud española* (Madrid, 1985).

bientes superficiales, marcados por la apatía y la indiferencia, que el futuro se les pone cada vez más negro debido a que todas las puertas se les están cerrando, que se encuentran cada vez más dispersos y fragmentados en el disfrute momentáneo de tal o cual experiencia... Y en estas circunstancias, intuyen que la Iglesia —algunos sectores de Iglesia al menos— les ofrece espacios de acogida y que tiene incluso una propuesta que ofertarles (cosa de la que carecen las demás instituciones que no tienen nada o casi nada que ofrecer), una propuesta que, en la medida en que es acogida y tomada en consideración, logra dar sentido y aliciente a la vida de no pocos jóvenes (5). Este descubrimiento que están haciendo ya numerosos grupos de jóvenes —para algunos de ellos constituye incluso una experiencia importante de identificación y de participación activa— de una Iglesia que logra poner en práctica su disposición de acogida y su «capacidad agregativa» (6), para dar así respuesta a la demanda de clarificación y de protagonismo planteada por los jóvenes, aunque en principio esté motivado por las necesidades que experimentan los propios jóvenes y no por la misión de la Iglesia en sí, puede llegar a constituir con el tiempo un valioso intento de acercamiento mutuo y de comprensión positiva para los dos elementos que están en juego, a saber, para los jóvenes y para la Iglesia misma.

2. MAS AUN, ALGUNOS JOVENES SUEÑAN Y SE ILUSIONAN CON SER PARTE ACTIVA DE UNA IGLESIA FIEL AL EVANGELIO Y SERVIDORA DE LOS POBRES

Y esto lo dicen ellos mismos y lo reconocen también aquellos pastores que no dejan de confiar en que Dios sigue llamando a los jóvenes para construir su Iglesia.

Dos muestras tan sólo del testimonio de los propios jóvenes. La primera forma parte de unas declaraciones expresadas por jóvenes cristianos, provenientes de toda España, en uno de sus recientes encuentros (El Escorial, septiembre 1984):

«Declaramos que estos signos de vida los percibimos al contemplar: los muchos ambientes intraeclesiales (barrios, catequesis, coordinadoras, consejos pastorales, etc.) y extraeclesiales (barrios, pacifismo, consejos de juventud, ambientes mar-

(5) Z. TRENTI, «La comunità, luogo di maturazione credente», en *Catechesi*, diciembre 1984, pág. 11.

(6) F. GARELLI, «Chiesa e giovani: un incontro difficile», en l. c., pág. 68.

ginales, luchas populares, comités de parados, movimiento campesino, etc.) en los que los jóvenes nos estamos haciendo presentes de forma activa y protagonista para transformar situaciones de injusticia, explotación y dependencia, y anunciar la Buena Noticia, así como los logros que los grupos juveniles cristianos estamos haciendo en nuestro intento de vivir la opción por los pobres desde el seguimiento de Jesús, que se expresa en la nueva forma de situarnos en nuestra vida cotidiana, de leer la realidad y hacernos presentes en unos determinados ambientes» (7).

Y la segunda revela ese tipo de aspiraciones utópicas que, bajo forma de «manifiesto juvenil», proclaman incansablemente los jóvenes cuando se sienten tocados por la fuerza profética de la Palabra de Dios:

«¿A qué clase de cristianos, a qué Iglesia, pertenece el futuro...?»

A una Iglesia que en su debilidad y en su ignorancia confía en la gracia y en la sabiduría de Dios.

A una Iglesia, por tanto, que está segura de su fe, que encuentra en ella su gozo y su fuerza y que precisamente así ejerce críticamente su autocrítica.

A una Iglesia llena de espontaneidad en el espíritu, de vitalidad, de fecundidad y de capacidad de amar.

A una Iglesia que oye de buena gana nuevas preguntas, que sabe apreciar los conocimientos profesionales y técnicos, los métodos, observaciones y logros modernos.

A una Iglesia que no se arredra ante la iniciativa y ante el riesgo, a una Iglesia totalmente abierta a la realidad.

En una palabra, el porvenir pertenece a una Iglesia sincera y veraz hasta lo íntimo de su ser.»

De parte de la jerarquía y de los responsables de la pastoral también se dejan oír de tanto en tanto expresiones de confianza en los jóvenes, como ésta que el propio Juan Pablo II manifestaba en el Domingo de Ramos de este Año Internacional de la Juventud:

(7) «Releemos nuestra historia con claves de futuro», en *Presencia Joven (JAC)*, octubre 1984, pág. 23.

«La Iglesia mira a los jóvenes; es más, la Iglesia de manera especial se mira a sí misma en los jóvenes, en todos vosotros y a la vez en cada una y cada uno de vosotros... Vosotros, jóvenes, sois la esperanza de la Iglesia que precisamente de este modo se ve a sí misma y ve su misión en el mundo... Palpita en vosotros, en vuestros corazones jóvenes, el deseo de una auténtica hermandad entre todos los hombres, sin divisiones, contraposiciones o discriminaciones. ¡Sí! El deseo de una hermandad y de una múltiple solidaridad lo lleváis con vosotros, jóvenes, y no deseáis ciertamente la recíproca lucha del hombre contra el hombre bajo forma alguna» (*Carta a los jóvenes*, n. 15).

Sensibles a los deseos y aspiraciones de los jóvenes se habían manifestado asimismo los obispos europeos al declarar que:

«Los valores, el estilo de vida de los jóvenes no se identifican con los valores que la Iglesia representa o parece representar ante sus ojos. Ellos esperan que la Iglesia, antes que nada, sea fiel al Evangelio de Jesucristo y les abra sus espacios, en los que puedan vivir la experiencia de libertad, de aquella libertad que está hoy gravemente amenazada» (*IV Simposio de los obispos europeos. Roma, junio 1979*).

Parecido diagnóstico respecto al dinamismo evangelizador de los jóvenes habían hecho los obispos del continente latinoamericano reunidos en Puebla (1979), cuando afirmaban que:

«Los jóvenes deben sentir que son Iglesia, experimentándola como lugar de comunión y de participación... En ella los jóvenes se sienten pueblo nuevo; el de las Bienaventuranzas, sin otra seguridad que Cristo; un pueblo con corazón pobre, contemplativo, en actitud de escuchar y discernir evangélicamente, constructor de paz, portador de alegría y de un proyecto liberador integral en favor, sobre todo, de sus hermanos jóvenes» (*Puebla*, n. 1184).

Y más cerca de nosotros, los obispos del País Vasco manifestaban el deseo de entrar en diálogo con la generación joven, de reconocer su derecho y su capacidad para ser y hacer Iglesia, de dejarse interpelar por su voz:

«Pedís comprensión y respeto a vuestra propia originalidad de creyentes jóvenes. Tenéis un estilo joven de entender y de vivir el Evangelio, que debe ser respetado en el seno de nuestras comunidades cristianas...

Sentís la necesidad de ser protagonistas más activos en la construcción de la Iglesia. No queréis simplemente pertenecer a la Iglesia, sino 'hacer Iglesia', de una manera más activa y responsable...

No queremos cerrar nuestros oídos a vuestra voz. Nos sentimos interpelados y os lo decimos con sinceridad» (8).

Todo ello viene a confirmar que la situación no es tan catastrófica como algunos piensan. Ni todos los jóvenes se desentienden absolutamente de la Iglesia como si ésta nada les importara, ni tampoco la Iglesia se encuentra tan perdida como si nada tuviera que hacer ya con la juventud. Para ser exactos, tal vez no convenga plantear las cosas en términos generales: ni toda la Iglesia... ni toda la juventud. Ateniéndonos a hechos reales y a situaciones concretas, qué duda cabe que algunos jóvenes se sienten Iglesia, porque la están descubriendo cada vez más intensamente, y qué cierto es que encontramos también sectores de Iglesia que caminan con los jóvenes y que están empeñados con éstos en un proceso de maduración de su fe y de sus opciones cristianas.

3. PERO TRATANDO DE ACERCAR LA UTOPIA A LA REALIDAD, ¿QUE IGLESIA SON CAPACES DE ENCARNAR LOS JOVENES?

Porque, en definitiva, siempre que nos planteamos el asunto de la Iglesia desde los jóvenes no queda otro remedio que distinguir entre la Iglesia que ellos quieren o quisieran ver realizada —expresión de sus deseos y utopías— y la Iglesia que, de hecho, ellos son capaces de encarnar como manifestación concreta de sus posibilidades reales.

Claro que la aspiración de fondo es conseguir que esas dos perspectivas, la utópica y la real, lleguen a ser coincidentes, para lo cual habrá que ir dibujando con bastante precisión un adecuado término medio, cosa que de momento no hemos alcanzado, pues lo que de hecho ocurre es que todavía nos bandeamos entre proyectos en alguna medida utópicos y realizaciones no demasiado logradas. Por si aclara algún tanto esta situación, quiero recoger a continuación algunos de los matices por otros indicados que caracterizan a una y otra perspectiva, a la utópica y a la real.

3.1 Puestos a dibujar los rasgos o cualidades de una Iglesia que respondiese a los deseos y aspiraciones de los jóvenes, habría que destacar que

(8) *Diálogo con los jóvenes desde la fe*. Carta pastoral de los obispos vascos. Cuaresma, 1980, cap. III.

lo primero que los jóvenes esperan y desean encontrar en la Iglesia es a Jesucristo como «utopía realizada» (9). Y, por lo mismo, desean que la Iglesia sea la «comunidad de los seguidores de Jesús», obediente y fiel al Evangelio como a su referencia primera y principal, espacio de convivencia fraterna, de comunicación y reconciliación, comprometida en transformar los dinamismos todos de esta sociedad en la perspectiva del Reino de Dios, poniéndose inequívocamente de parte de los pobres, haciendo «memoria de Jesús» —memoria a la vez festiva y subversiva— en sus celebraciones, dispuesta por fin a convertirse momento a momento y a vivir una renovación continua (10). Otros aspectos de Iglesia hacia los que los jóvenes se muestran particularmente sensibles son el hecho de que ésta viva la Palabra como profecía, los sacramentos como Pascua, la comunidad como fraternidad y el compromiso como opción por los pobres y como presencia liberadora en medio de los acontecimientos de la historia (11).

3.2. Si nos fijamos ahora en la otra perspectiva, no ya la que apunta a las aspiraciones utópicas, sino la que cuenta con las posibilidades reales de los jóvenes para construir la Iglesia, justo es que les reconozcamos a éstos como «posibilistas» y que no minusvaloremos su disposición y capacidad para hacer surgir una Iglesia «joven», pero sin dejar de advertir al mismo tiempo la ambigüedad con que proceden y las contradicciones abiertas en que a menudo caen en la vida real. Por referirme tan sólo a unas cuantas de esas posibilidades que los jóvenes ofrecen, con su consiguiente nota de ambigüedad, mencionaré estas cuatro:

3.2.1. Uno de los rasgos que más valoran sin duda los jóvenes en la Iglesia es el de que ésta se muestre *fiel y comprometida con el Evangelio*. A poco que uno tenga acceso a sus sentimientos más sinceros, pronto se dará cuenta de que nada les impacta y les marca tanto como el testimonio de personas conocidas (compañeros, amigos e incluso adultos con quienes mantienen un trato familiar y cercano) que viven radicalmente sus convicciones de fe o el testimonio de personas no tan cercanas, pero de las que tienen un conocimiento y una referencia bastante vivos. Y esto que les impacta de los otros, y que en el fondo se preguntan por qué no constituye un rasgo distintivo de la gran Iglesia, desearían sinceramente vivirlo ellos mismos. El problema está justamente ahí: en que lo dicen y lo desean con la mejor buena voluntad, pero luego no lo hacen.

Y no lo hacen a veces en virtud de un mecanismo raro que parece afectar hoy día a no pocos jóvenes que guardan incluso un alto grado de admira-

(9) Cf. C. DIEZ, *Tiempo para jóvenes maestros de jóvenes* (Madrid, 1983), págs. 111-114.

(10) *Diálogo con los jóvenes desde la fe*, cap. IV.

(11) Cf. J. L. PÉREZ ALVAREZ, «Iglesia de Cristo, Iglesia de los jóvenes», en l.c., págs. 7-13; Delegación Diocesana de Juventud de Madrid, *Proyecto pastoral de jóvenes* —resumen— (Madrid, 1985), págs. 11-12.

ción y de simpatía por lo que la Iglesia es capaz de hacer. Sucede, en efecto, que una buena parte de jóvenes considera legítima y válida la función que la Iglesia puede cumplir en la sociedad, pero ellos no se muestran interesados ni poco ni mucho en pertenecer a ella; rehuyen el encuadrarse dentro de su ámbito, no quieren saberse etiquetados porque lo ven más como limitación que como enriquecimiento, manifiestan simpatía pero al mismo tiempo se muestran refractarios a pertenecer a ella. Tal vez esto sea debido a que el joven de hoy en cierto modo aspira a realizarse en una pluralidad de pertenencias y no quiere sentirse vinculado por una pertenencia privilegiada (12).

3.2.2. Otro aspecto eclesial que los jóvenes aprecian de verdad y que desearían que fuese expresamente significativo de la Iglesia toda es el de la *comunitariedad*. Y a muchos nos consta la búsqueda sincera que algunos jóvenes hacen por dar con un grupo cristiano que valga la pena, es decir, que funcione con un ritmo claro y definido de exigencias y de saber lo que en él se quiere conseguir —que en el fondo no es otra cosa que una experiencia comunitaria a su nivel—.

Pues bien, hete aquí que al tiempo que desean y se proponen conseguir todo eso con la mejor buena voluntad de entrada, luego, a medida que la experiencia grupal va tomando forma y progresando, les entran tentaciones de convertir el grupo en un espacio donde sobre todo se esté a gusto (el grupo como refugio), donde nada de complicarse la vida con interpelaciones o urgencias que puedan llegar del exterior (tendencia a convertirse en «ghetto»), donde lo que más compensa es dar pábulo a una autosatisfacción que no resulte demasiado costosa; en una palabra, como apuntan los entendidos, ceder a la tentación del «repliegue a lo privado» (13).

3.2.3. También están los jóvenes, qué duda cabe, porque *la persona de Jesús* sea presentada en su más clara y sencilla originalidad y porque el *Evangelio* sea expuesto sin componendas, en su radicalidad más absoluta. Y a nadie se le oculta que es precisamente ese descubrimiento de la persona de Jesús, tan fiel y coherente en su decir y en su obrar, lo que más llega y atrae a los jóvenes, así como el acceso directo y sin prevenciones a la palabra viva del Evangelio es lo que más suele espolear y estimular sus vidas.

Y bien, esa especie de objetividad pura del acontecimiento cristiano, que tanto invocan los jóvenes, es precisamente la que corre más peligro de ser domesticada por el enorme subjetivismo con que lo miran todo. No es apuntar nada nuevo el referirnos a esa característica tan marcada en la juventud

(12) F. GARELLI, «Chiesa e giovani: un incontro difficile», en l.c. pág. 63.

(13) J. CUETO, *Mitologías de la modernidad* (Barcelona, 1982); P. BERGER y col., *Un mundo sin hogar* (Santander, 1979); A. DE MIGUEL, *Los narcisos* (Barcelona, 1979); S. PANIKER, *Aproximación al origen* (Barcelona, 1982).

actual de querer valorarlo todo y enjuiciarlo todo desde la propia situación personal —«me apetece o no me apetece», «este rollo me va o no me va»...—(14).

3.2.4. Asimismo, es dado observar que, pasada ya la ola de pasotismo o tal vez como reacción a ella, algunos jóvenes empiezan a manifestar un cierto sentido de solidaridad y a reaccionar con particular sensibilidad ante las situaciones de injusticia, a ponerse de parte de los marginados (participando incluso en diversas iniciativas de «voluntariados»), a proclamar el derecho a la paz y otros muchos derechos inalienables de los pueblos, etc. Aspiran incluso a una «nueva calidad de vida» que sepa conjugar la vida privada y la solidaridad pública, que dé la primacía a los valores profundos de la persona por encima de los intereses económicos, etc. Y desean que todas estas aspiraciones y reivindicaciones tengan eco y resonancia explícita en la misión que está llamada a cumplir la Iglesia.

El problema está en que la insistencia con que proclaman esos valores los jóvenes no son capaces de mantenerla ni siquiera ellos mismos, y se dejan llevar a menudo de incoherencias, de cansancios, de abandonos y absentismos inexplicables —a los ojos de los adultos al menos—. Si los jóvenes que tanta sinceridad muestran a la hora de gritar la utopía fuesen ellos capaces de ofrecer también la alternativa real, entonces estaríamos alcanzando un momento histórico verdaderamente prometedor. Pero, al pedir y desear esto —los adultos—, es muy posible que estemos pidiendo y deseando que los jóvenes dejen de ser jóvenes... (15).

4. CLAVES PARA CONSTRUIR LA IGLESIA CON Y DESDE LOS JOVENES

Quiero indicar en esta última parte unas referencias básicas que, a mi entender, deberían servir de orientación y a la vez de motivación para cualquier trabajo pastoral con jóvenes que aspire a situarse en línea de comunidad. Estoy pensando más que nada en esos grupos de jóvenes cristianos que emprenden un proceso de maduración de su fe y que tienden, con me-

(14) C. DIAZ, *La juventud a examen* (Madrid, 1982); *Para ti joven, contra ti, joven* (Madrid, 1983); *Juventud 1985. Por la participación y la paz* (Madrid, 1985); E. ARNANZ, «Análisis de la situación actual de la juventud», en *Documentación Social*, núm. 46, enero-marzo 1982, págs. 11-26; F. GARELLI, *La generazione della vita quotidiana. I giovani in una società differenziata* (Bologna, 1984); H. OTERO, «Los posmodernos o el sinsentido asimilado», en *Misión Joven*, enero 1985, págs. 17-22; V. DE PABLO, *Juventud, Iglesia y comunidad*, págs. 28-32.

(15) B. SORGE, «Una nuova domanda di aggregazione giovanile? Gruppi e movimenti giovanili ecclesiali in un tempo di frammentazione e di pluralismo», en la obra en colaboración *Chiesa e giovani*, págs. 39-53.

por o peor sentido de orientación pero con sincera disposición y con indudable buena voluntad, a encarnar la Iglesia mediante el recurso a su alcance de la llamada «comunidad cristiana juvenil». No pretendo describir ahora las coordenadas de lo que deba ser una comunidad cristiana protagonizada por jóvenes; quiero tan sólo apuntar unas «claves» que marquen la pista e indiquen la dirección del camino a seguir en eso que llamamos la construcción de una Iglesia «joven». Por atenerme a las que considero más importantes mencionaré tan sólo estas cuatro:

4.1. Ante todo, una Iglesia que quiera ser significativa para el mundo de los jóvenes debe tener como primer referente el *mensaje de Jesús*. Y un mensaje de tal forma anunciado y presentado que resuene con fuerza iluminadora e interpeladora para la problemática que están viviendo los jóvenes; para lo cual es preciso darlo a conocer de un modo asequible y en términos que los propios jóvenes entiendan, sin demasiadas conceptualizaciones abstractas, procurando que en ningún momento deje de interesar o de afectar a los problemas de la vida; un mensaje, además, que los propios jóvenes descubran como propuesta salvadora, en estrecha relación con sus ansias de vivir la vida en plenitud, de manera tal que llegue a constituir para ellos un verdadero proyecto de vida totalizante, una evangelización que dé sentido y significado a cuanto ellos están viviendo; por último, un mensaje que sea percibido como algo más que simple teoría, como una fuerza viva y dinamizadora que actúa eficazmente en el desarrollo de la historia, o lo que es lo mismo, como un auténtico «experimento de salvación» (Moltmann) que ya está en marcha en el interior de la historia y que la va impulsando poco a poco por caminos de liberación.

Ahora bien, para que el mensaje de Jesús llegue en esta tesitura atrayente, o lo que es lo mismo, en clave de «buena noticia», al mundo de los jóvenes hace falta que alguien se haga portador del mismo en las condiciones ahora mismo descritas; y está claro que esas condiciones comportan algo más que meros recursos o actitudes pedagógicas, comportan nada menos lo que ha constituido desde siempre la cualidad básica de toda evangelización, a saber, la convicción de que el anuncio no sólo debe ser creíble en sí mismo (por su grado de significatividad), sino que debe hacerse además creíble por el testimonio de aquellos que lo proponen (la comunidad cristiana que lo está viviendo ya y los catequistas o animadores que se hacen transmisores de esa vivencia); en una palabra, los jóvenes tienen necesidad de auténticas comunidades de fe que les ayuden a interiorizar y a vivir ese anuncio (16).

4.2. Otra condición importante que conviene resaltar a la hora de querer presentar la Iglesia a los jóvenes, para que éstos entren en el dinamismo protagonizador de la misma, es la de sabérsela presentar en forma tal que

(16) Cf. P. DAMU, «La comunità ecclesiale e i giovani negli anni '80», en *Catechesi*, noviembre 1981, págs. 43-49.

enseguida se perciba que la Iglesia no se mira a sí misma como entidad «a se» o como realidad absoluta, sino que, por su misma naturaleza, a lo que ella aspira es a ser «fermento» del Reino y «servidora» del mundo (LG, 3 y 9; GS, 1 y 3; SC, 2), y que, por tanto, su principal razón de ser está en función del Reino, del que ella es «germen» y anuncio a la vez, y también en función del mundo, en medio del cual ella se encuentra con la profética misión de hacerle conocer y asumir la asombrosa «novedad» del Evangelio. Lo expresa taxativamente L. Boff, recogiendo el espíritu más genuino del Vaticano II, en una de sus obras sometida hoy a sospecha, cuando afirma que:

«La Iglesia no puede entenderse en sí y por sí misma, porque está al servicio de unas realidades que la trascienden: el Reino y el mundo. Mundo y Reino son los pilares sobre los que se asienta todo el edificio de la Iglesia... En primer lugar es el Reino, como la primera y definitiva realidad que engloba todas las demás. Viene después el mundo, como el espacio de la historicación del Reino y de la realización de la propia Iglesia. Por último, la Iglesia, como realización anticipatoria y sacramental del Reino en el mundo, y como mediación para que el Reino se anticipe en el mundo de un modo más denso» (17).

Así pues, comportarse como plataforma *anunciadora* y a la vez como realidad *inauguradora del Reino de Dios* es lo que está llamada a ser principalmente la Iglesia. Un Reino de Dios que, por supuesto, a los jóvenes hay que acertárselo a formular en términos precisos, capaces de despertar la secreta sintonía que hacia él suelen mostrar; un Reino presentado no como mera utopía lejana o futura, sino como realidad presente, aunque incipiente, ya que en Jesucristo ha dejado de ser «utopía» extraña y se ha convertido en «topía» cercana a nuestra condición y existencia terrenal; un Reino cargado de dinamismo y eficacia para la transformación total, global, estructural —personal y social— de la historia en que nos encontramos, ya que Reino de Dios no significa propiamente «otro» mundo diferente del nuestro, sino este viejo mundo transformado en «nuevo» (18).

Por lo mismo, la Iglesia que es depositaria de esa gracia de Dios, de su amor y fuerza transformadores, lo tiene todo ello como un don no para sí, sino para los demás, no como posesión propia, sino como exigencia para ejercer un servicio. La Iglesia, por ser Iglesia de Dios y desde Dios, debe mostrarse enteramente entregada al *servicio del mundo y de la historia*. El servicio al hombre constituye para ella una obligación constitutiva y no un acto de generosidad. Cualquier comunidad cristiana, desde su mis-

(17) L. BOFF, *Iglesia: carisma y poder* (Santander, 1982), págs. 14-15.

(18) Delegación Diocesana de Pastoral de Juventud de Madrid, *Iniciación cristiana/3, catequesis sexta*, (Madrid, 1985).

mo acto de existir, debe sentirse «llamada» para ser «enviada», y si recibe es para dar y si acoge es para poder luego ofrecer... Esto significa, en definitiva, que la Iglesia será mucho más de Dios en la medida en que se haga mucho más disponible para los hombres (19).

Esta característica de una Iglesia que no rehúye una presencia activa y comprometida con lo que el mundo es y representa, que no se sitúa en él como algo aparte, al contrario, que se muestra interesada por discernir los «signos de los tiempos», que se plantea en positivo su aportación a los hombres y a la historia, despierta atractivo y admiración de no pocos jóvenes hacia la Iglesia y favorece el que ellos entiendan más realísticamente cuál es su verdadera entidad y la función que está llamada a cumplir.

Más aún, dentro de ese servicio que la Iglesia puede prestar al mundo hay un aspecto que a los jóvenes les resulta como el más testimonial de todos, y es su *opción preferencial por los pobres*, su ponerse de parte de ellos, su hacerse voz de los que no tienen voz, su particular sentido para entender y acoger las ansias que plantean de liberación, su radical valentía para reconocer en ellos, en los pobres más pobres, a los preferidos de Dios y a los destinatarios preferenciales de su Reino.

No estoy tratando de probar aquí que así lo haga efectivamente la Iglesia; lo que quiero expresar es que una Iglesia que se defina a sí misma en función de esa opción preferencial es una Iglesia que los jóvenes van a entender como Iglesia de Jesús y hacia la cual se van a sentir particularmente atraídos.

Esta cualidad de Iglesia, en la que tanto se insiste hoy día, por ejemplo, desde la perspectiva de la teología de la liberación, los propios jóvenes, aun simpatizando con ella, la entienden sólo vagamente; por eso es necesario que se les vaya aclarando cada vez con más exactitud, que vayan comprendiendo y dándose cuenta de que «la Iglesia de los pobres no es aquella Iglesia que, siendo rica y estableciéndose como tal, se preocupa de los pobres; no es aquella Iglesia que, estando fuera del mundo de los pobres, les ofrece generosamente su ayuda. Es, más bien, una Iglesia, en la que los pobres son su principal sujeto y su principio de estructuración interna; la unión de Dios con los hombres, tal como se da en Jesucristo, es históricamente una unión de un Dios vaciado en su versión primaria al mundo de los pobres. Así la Iglesia, siendo ella misma pobre y, sobre todo, dedicándose fundamentalmente a la salvación de los pobres, podrá ser lo que es y podrá desarrollar cristianamente su misión de salvación universal. Encarnándose entre los pobres, dedicando últimamente su vida a ellos y mu-

(19) G. PATTARO, «Esperienza comunitaria e riflessione teologica», en la obra en colaboración *Esperienza di comunità, esperienza di Chiesa* (Turín-Leumann, 1980), págs. 73-132.

riendo por ellos, es como puede constituirse cristianamente en signo eficaz de salvación para todos los hombres» (20).

Y, a fuer de sinceros, hemos de reconocer que no sólo a los jóvenes les es necesaria una elemental clarificación que les haga comprender cómo la Iglesia de Jesús es vocacionalmente la Iglesia de los pobres (al fin y al cabo, para asimilar este punto ellos manifiestan de ordinario una gran predisposición); también y sobre todo a nosotros, agentes de pastoral juvenil y animadores de grupos cristianos, nos es igualmente urgente y necesaria dicha clarificación y profundización; sí, particularmente a nosotros que, desde el estatuto eclesial que ya tenemos y que venimos ejerciendo, nos puede resultar mucho más duro y costoso el recomponer las claves de nuestra eclesiología en la línea apuntada por el Vaticano II y en sintonía con el dinamismo que la Iglesia más viva y menos anquilosada ha venido marcando en estos años posconciliares.

Y que duda cabe de que entre las características más sobresalientes de esta Iglesia posconciliar está la de entenderse y verse a sí misma como Iglesia de los pobres, no por esnobismos tercermundistas, como algunos creen, sino sencillamente por esa razón teológica de que «el Espíritu de Jesús está en los pobres y desde ellos re-crea la totalidad de la Iglesia. Si esta verdad se comprende en toda su profundidad y desde una perspectiva auténticamente trinitaria, se está diciendo que la historia de Dios pasa indefectiblemente por los pobres, que el Espíritu de Jesús toma carne histórica en los pobres y que desde ellos se observa la dirección que debe tomar la historia según Dios... Por esta razón profunda, la Iglesia de los pobres no es sólo para ellos, sino que debe hacerse desde ellos, encontrando en ellos su principio de estructuración, organización y misión» (21).

4.3. Otra clave que tampoco hay que descuidar a la hora de querer puntualizar los rasgos más vivos de una Iglesia significativa y exigente para los jóvenes estaría en la referencia al *hecho comunitario*, aspecto éste que los grupos cristianos más iniciados descubren como realizado en su radicalidad más utópica por la comunidad primitiva que nos presentan los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 42-47; 4, 32-35).

Bien conocidos son los gestos con que los primeros cristianos manifestaban su talante y estilo comunitario: cómo valoraban las relaciones interpersonales cálidas y cercanas, la disposición para compartir y ayudarse en todo momento, la experiencia de comunión; cómo frecuentaban la oración y eran asiduos a la escucha de la palabra que les predicaban los apóstoles, etc. También destacan los escritos paulinos la conciencia creciente que iban adquiriendo aquellos primeros fieles de saberse congregados y

(20) I. ELLACURÍA, *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios* (Santander, 1984), págs. 207-208.

(21) J. SOBRINO, *Resurrección de la verdadera Iglesia* (Santander, 1981), pág. 109.

reunidos por la fuerza del amor de Dios (1 Cor 1,1; 10,32; 1 Tes 2,14; 2 Tes 1,4, etc), y cómo eran invitados, y en ocasiones amonestados, a dar testimonio de su vida de salvados y ganados por Cristo, y cómo se les exhortaba a proclamar sin complejos su condición de creyentes y de seguidores del Señor Jesús. Igualmente, son motivo de admiración y de estímulo para nosotros, creyentes de una Iglesia casi ya bimilenaria, la gran riqueza de vida y de dinamismo con que se configuraban aquellas primeras comunidades, el modo cómo requerían la corresponsabilidad de todos, en virtud de los carismas particulares, y cómo trataban de armonizarla en bien del conjunto, de qué manera superaban las tensiones y conflictos en pro de la unidad eclesial, unidad que estaba asentada en el legítimo pluralismo y en el respeto de los unos para con los otros.

Y bien, no hace falta irse demasiado lejos en nuestras experiencias de contacto con los jóvenes para convenir en que aspectos tales como el compartir, el descubrimiento de Jesucristo en grupo, la celebración de su acontecimiento pascual como el espacio donde se vive y se identifica el anhelo de pasar progresivamente de la muerte a la Vida, la fidelidad a las exigencias de la vida en comunidad o en grupo como el modo concreto que uno tiene de mantenerse fiel a Dios, etc., constituyen otros tantos puntos de afinidad y parecido entre lo que pueden ser las inquietudes de los jóvenes cristianos de nuestros días y lo que fueron las pautas de comportamiento de los primeros cristianos.

4.4. Por último, parece justo reclamar que una Iglesia que quiera ser espacio de convocatoria para jóvenes tiene que esforzarse por sintonizar con las inquietudes que habitan hoy día a esos jóvenes, tiene que sentir de cerca y compartir los problemas que ellos viven, y tiene que proponerse, en fin, el *responder a las expectativas* que éstos tienen cara a ella. Expectativas que, por supuesto, varían de unos jóvenes a otros, y que no todos ellos consiguen manifestar de la misma manera; aparte de que los propios educadores, moviéndonos como nos movemos en ambientes concretos y en contacto con sectores de juventud bien determinados, estamos tentados de magnificar o de exagerar aquellas características, y sólo aquéllas, de la juventud que tratamos y conocemos. De todas formas, no se requieren grandes esfuerzos para reconocer como evidentes ciertas comprobaciones comunes. En el caso concreto que nos ocupa de las expectativas que los jóvenes suelen tener respecto a la Iglesia, sintetizando lo que otros autores han indicado, me atrevería a formular al menos estas tres: los jóvenes desean encontrar en la Iglesia un lugar de *confrontación*, quieren que sea para ellos un verdadero espacio de *acogida* y aspiran a encontrar en ella una *propuesta* que incentive sus vidas (22).

Que los jóvenes anden deseosos de acercarse a esos colectivos de creyentes vivos y operantes, que constituyen determinados sectores de Iglesia, nada

(22) Z. TRENTI, «La comunità, luogo di maturazione credente», 1.c., págs. 11-12.

tiene de sorprendente. De una parte, porque los grupos cristianos que hoy día se mueven en persecución de un ideal comunitario suelen ser gente bastante identificada con el proyecto evangélico de Jesús; de otra parte, porque esos jóvenes viven generalmente dispersos y desinteriorizados, porque ni el estudio rutinario, ni las diversiones consumistas —y menos aún el paro frustrante o el ocio aburrido— les abren ningún horizonte claro de vida... En estas circunstancias, resulta fácil comprender que innumerables jóvenes, que llevan tiempo y tiempo dejándose llevar de la «movida» de turno, terminen por sentirse asqueados, vacíos, perdidos y desorientados, y prueben la necesidad de estar junto a personas que saben lo que quieren y que hacen algo en lo que creen profundamente, es decir, que sientan ganas y deseos de ponerse frente a frente de personas así, de *confrontarse* con ellas, para ver si logran despejar la propia desorientación e iniciarse en un camino que, a cuanto dicen, ayuda a ir descubriendo la propia identificación.

Parecido argumento es el que sirve para hacernos comprender por qué los jóvenes necesitan hoy día espacios de acogida. La mayoría de las instituciones no toma en serio a los jóvenes; en las más interesadas se habla de ellos y se estudian vagamente sus problemas, pero apenas se consigue dar respuesta a las dramáticas situaciones que plantea el paro juvenil, la droga o la delincuencia... (Esto sin mencionar aquellas otras que lo que hacen es servirse de ellos o explotarles en sus instintos consumistas.) Los jóvenes advierten que casi nadie confía en ellos ni cree en ellos; se dan cuenta de que no merece la pena siquiera gritar las propias angustias, búsquedas e inquietudes, porque nadie las va a tomar en consideración... Salvo algunos sectores de Iglesia que parecen haber comprendido esa demanda de la juventud, es decir, esa *necesidad de sentirse acogidos*, escuchados, comprendidos y acompañados, que actualmente aqueja a tantos jóvenes, y se muestra atenta y deseosa de poder ofrecer una respuesta (23).

Por último, estaría el sentido profundo de abandono y de no saber a dónde ir que prueba intensamente un número cada día creciente de jóvenes. «Generación abandonada a sí misma y en sí misma» la definen algunos estudiosos del fenómeno juvenil actual (24). En estas condiciones, bien fácil de entender se hace el hecho de que jóvenes que andan así de desorientados y a la búsqueda de un horizonte de futuro demanden una propuesta salvadora para sus vidas; que esa propuesta algunos jóvenes intuyan que

(23) F. GARELLI, art. cit., en *Chiese e giovani*, pág. 68.

(24) V. J. SASTRE, «Situación de la juventud. Notas para un diagnóstico sobre la situación de la juventud en la iglesia», en *Misión Joven*, junio-julio 1977, págs. 25-39. Cf. también en este sentido las obras ya citadas de C. DIAZ, particularmente *Para ti, joven; contra ti, joven*, *La juventud a examen* y *¿Es grande ser joven?* (Madrid, 1980). También el análisis que hace A. MONCADA en su obra *La adolescencia forzosa* (Barcelona, 1979).

les puede venir de la *propuesta cristiana* que se formula y se anuncia en la Iglesia lo confirma el hecho de que algunos de ellos se vinculan a grupos cristianos donde lo que se intenta es precisamente ofrecer, descubrir y profundizar dicha propuesta.

5. CONCLUSION

Las reflexiones que preceden tratan de analizar el problema de las relaciones de la Iglesia con la juventud en clave positiva. A algunos esto podrá parecerles una tremenda ingenuidad, sobre todo si se tiene en cuenta el dato real de que la mayoría de los jóvenes no quiere saber hoy día nada de la Iglesia y que lo que ésta consigue hacer en medio de ellos resulta bien poca cosa. Estoy de acuerdo, particularmente si enjuicamos el problema con criterio numérico o cuantitativo; las cifras podrían llenarnos a todos de pesimismo, además de que dicha constatación, tan repetida e invocada por muchos, serviría para justificarnos en la convicción de que nada es posible hacer. Y esto último lo considero sumamente peligroso; además de que no es cierto.

Por ello, no es que quiera pecar de ingenuo; quiero sencillamente ser posibilista. Y la posibilidad a que he venido aludiendo en estas páginas es también real, no ya desde el punto de vista cuantitativo, sino desde el punto de vista cualitativo. Es decir, me he esforzado por indicar que existen hoy día tendencias prometedoras en muchos jóvenes en relación a la Iglesia, tendencias que yo he calificado de admiración y simpatía en unos y de búsqueda positiva en otros; he procurado, asimismo, diferenciar lo que puede sonar a deseos utópicos en muchas proclamas de jóvenes cristianos cuando se refieren a su modo de ver la Iglesia, de lo que son sus posibilidades reales de encarnar ese modelo soñado de Iglesia; y, por último, he querido apuntar unas claves orientadoras con las que me parece que es bueno que sintonicemos los educadores y animadores que andamos ocupados y preocupados en la tarea de hacer surgir una Iglesia vivida y protagonizada por jóvenes.

Con lo que aquí analizo y sugiero no pretendo ignorar la dificultad del problema a gran escala. Lo que me he propuesto ha sido fijarme en las pequeñas realizaciones positivas, que ya existen, para desde ahí coger ánimos e ilusiones que sirvan de estímulo a la hora de hacer frente a los tremendos desafíos que nos plantea hoy día la pastoral juvenil.